

1977 presenta:

Gloria

Una historia de In Excelsis Deo

Primera Entrega
Introducción y primer capítulo



NEIL HAZARD

Colección de folletines contemporáneos

Ayuntamiento de Madrid

PROLOGO

Neil Hazard

GLORIA

"Jesus died for somebody's sins but not mine
Meltin' in a pot of thieves
Wild card up my sleeve
Thick heart of stone
My sins my own
They belong to me, me."
Patti Smith, *Gloria*.

R-60.1851247

Ayuntamiento de Madrid

PRÓLOGO

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se ha desarrollado durante los últimos años en el Departamento de Historia de la Universidad de Madrid. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general de la historia de la ciudad de Madrid, desde sus orígenes hasta el presente. El libro está dividido en tres partes: la primera trata sobre la fundación y el desarrollo de la ciudad; la segunda sobre la historia política y social; y la tercera sobre la historia cultural y económica. El autor ha intentado ser objetivo y riguroso en su análisis, basándose en fuentes primarias y secundarias. Se espera que este libro sea útil para los estudiantes de historia y para cualquier persona interesada en la historia de Madrid.

El autor desea agradecer a los profesores de la Universidad de Madrid por su apoyo y colaboración durante el desarrollo de este trabajo. También desea agradecer a los amigos y familiares por su apoyo y comprensión.

El presente libro es el resultado de un trabajo de investigación que se ha desarrollado durante los últimos años en el Departamento de Historia de la Universidad de Madrid. El objetivo principal de esta obra es proporcionar una visión general de la historia de la ciudad de Madrid, desde sus orígenes hasta el presente. El libro está dividido en tres partes: la primera trata sobre la fundación y el desarrollo de la ciudad; la segunda sobre la historia política y social; y la tercera sobre la historia cultural y económica. El autor ha intentado ser objetivo y riguroso en su análisis, basándose en fuentes primarias y secundarias. Se espera que este libro sea útil para los estudiantes de historia y para cualquier persona interesada en la historia de Madrid.

CAPÍTULO PRIMERO

Nací un 28 de octubre, día de la fiesta de San Judas Tadeo, en lo que en el Viejo Mundo era el barrio de La Perla de San Juan, ahora la Isleta Vieja, en Puerto Rico, provincia libre de la Nueva Tierra, y gobernada por la diócesis de San Juan Bautista. Mi madre, que a la edad de treinta años ya había traído al mundo cinco niños muertos, se quedó como otras veces reposando sobre el colchón ensangrentado, y no supo bien qué hacer con la sorpresa cuando mi abuela, en vez de guardar en silencio las tijeras con las que había cortado el cordón umbilical, le dejó en los brazos una criatura arrugada y pequeña, que pedía desesperadamente de mamar. Contaba mi abuela que durante mis primeros días de vida alterné las horas entre el sueño y el llanto en la cesta de la ropa sucia, cerca de los fogones de la cocina, hasta que una mañana mi madre pareció despertar de su estupor, y depositándome en la pila del fregadero me limpió con cuidado la sangre del rostro, y me puso de nombre Martirio.

Vivíamos por aquel entonces en una casucha angosta y de techos bajos, construida de cualquier manera en un patio interior entre cuatro edificios, que proyectaban su sombra sobre nuestras estrechas ventanas y evitaban que todo cuanto allí acontecía fuera visto desde la calle. Mis cinco hermanos descansaban bajo tierra en un parterre junto a la puerta, donde durante la mayor parte del año sus cruces se confundían con los tallos largos y enhiestos de las amapolas. Recuerdo que algunas noches, cuando el calor del día comenzaba a amainar y subía desde el puerto una brisa dulce y agradable, mi madre se sentaba en el escalón de la puerta a fumar un cigarrillo, y les hablaba con una actitud tierna y pícara, como si les confiara un secreto. Yo la observaba entonces desde la ventana de la cocina, alzándome sobre las puntas de los pies, y trataba de leerle los labios, sin éxito, hasta que mi abuela dejaba reposar su mano noble y vieja sobre mis cabellos rizados, y me ordenaba con voz áspera que la ayudara a poner la mesa.

Mi madre era un mujer deshecha, dispersa, que caminaba por la vida como sonámbula y que, en sus extraños momentos de lucidez, me observaba con una profunda amargura y una cierta crueldad, que era lo más parecido que tenía ella al arrepentimiento. Cada tarde, se abrochaba la misma falda diminuta y salía a deambular por el puerto, de donde regresaba con el cabello revuelto y la piel enrojecida por el sudor. Los hombres pasaban por ella como pasan las barcas por las olas en los días sin viento, y sólo de vez en cuando se acordaba de volver a casa con un par de letras de cambio, o un puñado de sellos para la cartilla de racionamiento. En aquellas ocasiones, mi abuela — Nana, como la llamé desde que tuve edad para hablar — se mostraba clemente, y ponía agua a calentar sobre los fogones para prepararle una infusión de flores de zanahoria, que cultivaba amorosamente en los tiestos de la ventana. Como los escarceos de mi madre poco hacían por darnos sustento, Nana se levantaba cada mañana temprano, atravesaba la tienda de abastos de los Hernando, una de nuestras familias vecinas, y caminaba calle arriba durante kilómetro y medio hasta llegar al puente que separaba la isleta de la ciudad interior.

Pagaba el peaje, tomaba el tranvía, y a las nueve de la mañana, siempre puntual, se presentaba en la puerta del archidícono, donde servía como criada.

Los Hernando tenían una hija unos meses mayor que yo, de la cual heredé la mayor parte de mi ropa infantil, la que no me cosía mi abuela con manteles viejos o con los vestidos que se le habían quedado pequeños. Habían emigrado desde Madre María, en Argentina, y los siete se alojaban entre estrecheces en el piso superior de una oscura tienda de ultramarinos, donde vendían de todo, desde arenques en lata hasta zapatillas de esparto. Eran gente de buen talante, y el patriarca, Pedro, gustaba de arrancar acordes desafinados a su guitarra después del trabajo. "Romance de barrio, tu amor y mi amor, primero un querer, después un dolor [...] Retornan vencidas tu voz y mi voz, trayendo al volver con tonos de horror las culpas que nunca tuvimos, las culpas que debimos pagar los dos", cantaba, y sus dedos veloces sobre los trastes me dejaban como hipnotizado, y su mujer, Dalila Pérez, me sonreía a escondidas entre puntada y puntada.

Con ellos vivía también un hermano de Dalila, Miguel, hombre hosco y solitario, que estaba cojo de la pierna derecha y sordo de un oído, porque en sus tiempos de juventud había sido soldado en las tierras orientales. Completaban la estampa familiar los tres hijos del matrimonio, Constantina, Abelardo, y Abraham, y un primo mayor, Miguelín, apodado el Tordo, porque trabajaba deshollinando las chimeneas del barrio, y estaba siempre sucio y desharapado.

El otro patio, donde hacíamos la colada los sábados, pertenecía a un matrimonio anciano y sin hijos que habían llegado en barco desde el Viejo Continente cuando eran aún muy niños, durante la guerra de la Segunda Edad de los Profetas. Los Tauber hablaban entre ellos en una lengua brusca y seca, cuyos sonidos me fascinaban, porque parecían engastarse unos con otros de forma muy distinta a los nuestros. Nana me explicaría años después que aquel idioma era hebreo y que, bajo la Sagrada Ley de Catedral Blanca, su uso estaba prohibido fuera de la curia, y sólo cuando fuera estrictamente necesaria para la traducción de los textos antiguos. Vivían, como mucha otra gente del barrio, de recoger las basuras que, al desprenderse de las grandes presas al norte de la isla, quedaban varadas en la playa. Los cambistas, más tarde, pesaban las cestas de mimbre llenas de detritos, y les asignaban una cierta cantidad de sellos para la cartilla de racionamiento. Eran gente reservada, de ojos esquivos y ademanes nerviosos, y aunque apenas recuerdo haber intercambiado más de dos palabras con ellos durante aquellos años de mi primera infancia, suyos eran los libros con los que Nana, cargada de paciencia, me enseñó a leer y a escribir sobre la mesa de nuestra cocina.

A nuestra derecha se alzaba un edificio ruinoso, comido por la vegetación, y en cuyo interior, entrevisto a través de las ventanas polvorientas, revoloteaban las sucias palomas domésticas y los changos. A la izquierda nos contemplaba una azotea escalonada, con la pared pintada de rojo y desconchada en lamparones que alguien había tratado de disimular colocando macetas de suculentas y flor de maga. Algunas tardes, se asomaba allí un joven grácil y pálido, de ojos

ausentes, y permanecía allí una o dos horas, mientras un cigarrillo se consumía entre sus largos dedos del color de la espuma.

Aquel fue, en resumen, el reducido universo en el que transcurrieron mis primeros años. Crecí como una niña, y el mundo a mi alrededor se contenía en un rincón de penumbra, húmedo y caluroso, queapestaba a conservas, a pescado, y a los lodos del puerto, al humo del tabaco de mi madre, y al sucedáneo de café que Nana aprovechaba una y otra vez hasta que el agua que se filtraba a través de los posos salía casi transparente. Poco sabía yo de mi naturaleza, y aún menos de lo que ocurría más allá de nuestros muros, y sólo los domingos, día de pagar tributo en la parroquia, se me hacía vagamente consciente que existía algo más, porque mientras los Hernando acudían a misa, nosotros almorzábamos sopas de pepino frío y encurtidos, para que el humo de los fogones no advirtiera de nuestra presencia a las patrullas que vigilaban las calles colindantes. Joel Tauber, después de atrancar su propia puerta y colocar cartones y tablas sobre todas las ventanas, pasaba la mañana sentado en el patio, concentrado en su pipa, mientras su mujer, Aliza, le leía en voz alta.

Al llegar a los seis años, sin embargo, el delicado equilibrio que mantenía vivo aquel ecosistema, comenzó, poco a poco, a desmoronarse.

* * *

La pequeña de los Hernando, Constantina, había ingresado aquel septiembre en el colegio parroquial, y aunque Nana se empeñaba en echar el cerrojo cada mañana al salir de casa, el aburrimiento que me invadía durante aquellas largas horas de encierro alimentaba mi ingenio. Por las noches, cuando ayudaba a Nana a cerrar con llave las ventanas de la cocina, deslizaba bajo el pestillo un pedazo de cartón, que solo sobresalía lo suficiente para permitirme retirarlo a la mañana siguiente, tan pronto como Nana se hubiese ido, y desbloquear la cerradura. Después, con la ayuda de un taburete, trepaba hasta el fregadero y deslizaba mi pequeño cuerpo, tenso y delgado como una brizna de hierba, a través del ventanuco. Corría luego hasta las cajas de conservas que se amontonaban en el patio, y allí me ocultaba, pacientemente, hasta que Pedro Hernando salía a fumar su primer cigarrillo del día. Debía entonces colarme en el interior de la tienda en el menor tiempo posible, no fuera que Dalila me sorprendiera en lo que bajaba a avisar a su marido de que el café estaba listo. Hasta aquí llegaba la parte difícil del asunto, porque una vez a salvo en la tienda de abastos, no me resultaba difícil encontrar alguna sombra o recoveco que me ocultara de la vista de los adultos. Mi favorito, y el que acabé convirtiendo en mi habitual, era el espacio entre el mueble frigorífico y la pared del fondo. Aquella primera trasgresión, que tardé unos cinco intentos en perfeccionar, logró satisfacerme durante al menos unos meses. Desde mi escondite, observaba el trajín de los clientes, y los pequeños rituales de la familia Hernando. Aprendí que Dalila Pérez tenía una vieja radio de lata que mantenía encendida todo el día, pero a la que solo parecía prestar atención cuando se dejaba caer por allí alguna cuadrilla de soldados, a tomar un refresco, o a preguntar por las idas y venidas de los vecinos. Pedro Hernando, de habitual perezoso, encontraba siempre alguna

Aquella noche, al volver Nana del trabajo, y con mi madre ausente en alguna de sus rondas, me senté frente a mi abuela en la mesa de la cocina, y esperé pacientemente a que levantara la vista de sus labores, y me prestara atención.

— ¿Qué quieres, Martirio? — preguntó, con voz cansada.

— ¿Por qué yo no voy al colegio, como Constantina Hernando? — dije, enunciando por fin la pregunta que llevaba rondándome desde la conversación con Abraham.

Las callosas manos de mi abuela, cuya piel morena estaba enrojecida hasta hacer casi restallar la carne, por pasarse los días refregando los suelos del archidiácono, dejaron a un lado entonces la aguja y el hilo, y Nana enarcó las cejas, con expresión grave.

— ¿Qué ocurrencia es esa, niña? ¿Acaso no te basta con lo que yo te enseño?

Me di cuenta de que tal vez debería haber meditado mejor mis palabras, porque no tenía nada que responder a su argumentación. Mi comprensión de las cosas era demasiado limitada, reducida como estaba a aquel mundo pequeño y aislado, cuyas fronteras mi abuela defendía con inquebrantable empeño.

— Sí — admití, pues, con cierta reticencia. — Pero no entiendo por qué Constantina debe ir a la escuela y yo puedo quedarme aquí, para que tú me eduques a tu manera. Abraham y Abelardo también fueron al colegio. ¿Por qué yo soy diferente?

Nana pareció vacilar entonces. Se quedó en silencio, y yo le sostuve la mirada, alzando ahora sí la barbilla, con decisión. Sus ojos, pardos y ligeramente rasgados, como los de mi madre, se reflejaban en los míos, tan negros como los de las gaviotas. Finalmente, su rostro se relajó, y alargando la mano me rozó la mejilla con los dedos.

— Cuando tu madre era pequeña, tan pequeña como tú, pasé años temiendo esa misma pregunta. Algo en la línea de "Mamá, ¿cómo es que nosotras no vivimos como otra gente", o "Mamá, ¿por qué no me dejas salir a la calle, como los demás niños?". Pero la cosa es que nunca me preguntó. Sencillamente, no se le pasó por la cabeza que hubiera en ella algo distinto. Y luego ya, después ... bueno.

— Bueno, ¿qué?

— Nada, no tiene importancia. — Nana sacudió la cabeza, como queriendo apartar así un pensamiento funesto. — ¿Sabes? A veces me da por preguntarme qué clase de hombre sería tu padre.

— ¿Mi padre? — la palabra se me hizo extraña en la boca, y sentí que me faltaba el aire.

— Sí. Cuando te miro, no veo en ti apenas nada de mi hija. Pero tal vez solo te parezcas a mí. En fin, es pronto para saberlo, supongo.

Me encogí de hombros, y aparté el rostro de la caricia de sus manos, súbitamente incómodo.

— ¿Y mi respuesta? — demandé.

— Todavía no. Eres demasiado pequeña. Espera un poco.

Con esto, mi abuela se levantó de la silla, y dando por zanjada la conversación, se afanó en encender la lumbre bajo los fogones, para preparar la cena. Yo me quedé sentado, en cambio, tratando aún de dar sentido a todo lo que acababa de decirme. A través de la ventana, observé que, en aquel alto balcón donde se rezagaban los últimos rayos del sol que se ponía por el oeste, ese joven de tez blanca y manos frágiles daba una larga calada a su cigarrillo. Y sin

dejar de mirarlo, pregunté:

— Nana, ¿qué es un profeta?

* * *

Días más tarde, cuando a las siete en punto me levanté de un salto del jergón, y dejé a mi madre tendida en la cama, dispuesto, como cada día, a iniciar el delicado ritual de mis escapadas matutinas, encontré, sobre la mesa de la cocina, una copia de la llave de la puerta, y una nota de Nana escrita en letras mayúsculas que rezaba: "CIERRA AL SALIR".



Colectivo 1977

"Jesus died for somebody's sins but not mine"

En 1154, año en que se sitúa la acción principal de la novela *In Excelsis Deo*, Lázaro es el misterioso e inmisericorde líder de los bajos fondos de Nueva Jerusalén. De momento, sin embargo, es 1147, Lázaro tiene tan sólo 20 años, y abandona San Juan, su ciudad natal, rumbo a la Ciudadela. Durante este viaje, Lázaro recuerda la historia de sus orígenes, en una suerte de autobiografía que, en sus propias palabras, habrá de dejar atrás tan pronto como el trasbordador arrije a puerto en la capital.

En Gloria, Lázaro narra sus comienzos, desde su peculiar infancia aislada de la realidad del mundo, pasando por su juventud interno en el colegio parroquial de la diócesis de San Juan Bautista, hasta sus primeros contactos con la rebelión que, poco a poco, se va gestando en el seno de una sociedad gobernada por una férrea autoridad teocrática, que toma forma en la lejana amenaza de la Catedral Blanca de Nueva Jerusalén.

Con su "*Colección de folletines contemporáneos*", el colectivo 1977 (@colectivo1977 en Instagram y Twitter) pretende recuperar el espíritu de las viejas novelas por entregas que, en el siglo XIX y parte del XX, se distribuían de forma regular en determinados periódicos, posibilitando el acceso de las clases populares a una cultura de bajo presupuesto y alto valor sensacionalista. Aunque en ellas se evidenció el germen de la literatura como producto de consumo, nuestro interés ahora es precisamente el de desligar la literatura de su simple valor editorial-mercantilista, y generar circuitos de publicación y distribución independientes y accesibles a todo el mundo. Gloria es la primera de estas *novelettes*, que pueden consultarse gratuitamente en su formato digital en las redes sociales de su autor (@neilhazardous en Instagram, @sangrenlafrente en Twitter).

1977 es un colectivo sin ánimo de lucro y todos los beneficios obtenidos de estas publicaciones se dedican exclusivamente a su reimpresión o a la distribución de futuros capítulos.

Colección de folletines contemporáneos